



CLARICE LISPECTOR

AUGUSTO MONTERROSO

Redibujando las fronteras del mapa del 'boom'

En este 'Atlas de literatura latinoamericana' **Clara Obligado** reúne una nueva cartografía de 50 escritores de la otra orilla

por **ANDRÉS SEOANE**

ilustraciones de **AGUSTÍN COMOTTO**

«Organizar un atlas te hace ser un poco como una diosa que delimita límites y fronteras, que incluye y excluye a la vez. Así que lo primero que sentí fue una enorme responsabilidad y un poco de vértigo», comparte con *La Lectura* la escritora argentina Clara Obligado (Buenos Aires, 1950), que ha dedicado más de tres años a cartografiar un nuevo mapa de lecturas de toda Latinoamérica. «Borges habla de ello cuando escribe

que el único mapa perfecto es el que tiene el mismo tamaño que el territorio, es decir que la distorsión es parte del proceso y una realidad nunca se puede cartografiar con precisión. Así que, si aceptamos que los límites son relativos, cambiantes e incluso ideológicos, podemos trabajar con más humildad y sensatez, y también con más libertad. Por eso el subtítulo del Atlas señala que es una «Arquitectura inestable», da cuenta de estas limitaciones y de las sorpresas que fui encontrando a lo largo de esta aventura», añade.

Pero la escritora no ha estado sola en la hercúlea tarea de redefinir un panorama de lecturas del vasto campo literario iberoamericano, pues ha buscado «una perspectiva global de lo que sucede y sucedió en el continente, quería que se estableciera una especie de conversación tanto entre generaciones como entre tendencias, y también entre las dos orillas. Que se alejara de los tópicos de siempre y también, que incluyera muchas miradas, porque la literatura, al fin y al cabo, es un hecho singular que no existe si no se convierte en plural». De este modo, la autora fue armando «parejas de baile» y encargando a escritores, críticos, catedráticos y editores de ambas orillas que eligieran sus nombres.

«Era evidente que Mariana Enriquez tenía que escribir sobre Silvina Ocampo, puesto que tenía una biografía sobre ella, o Leila Guerriero sobre Rodolfo Walsh, puesto que están emparentados porque ambos son periodistas», apunta, pero muchas otras de las mezclas resultaron sorprendentes y apasionados, dando cuenta de qué lecturas siguen muy vivas y todavía marcan a la literatura actual. Así, por ejemplo, Andrés Neuman relee a Roberto Bolaño, Héctor Abad Faciolince pone el foco en Fernando Molano, Ana María Shua reivindica la completa obra de Augusto Monterroso o Juan Carlos Méndez Guédez se centra en la poesía y el teatro de Elizabeth Schön.

Silencios elocuentes. De este modo, el *Atlas de literatura latinoamericana*, editado por Nórdica, reúne medio centenar de autores de 20 países, acompañando cada entrada con las ilustraciones de Agustín Comotto, que condensa en sugestivas imágenes a los escritores y sus universos creativos. No obstante, como ocurre siempre en este tipo de proyectos, toda selección implica ausencias. «Excluir es muy duro. Muchos de los autores que no están presentes bien merecerían su hueco, pero volviendo a Borges, toda enumeración es ca-



BLANCA VARELA

GABRIELA MISTRAL

prichosa e injusta», reconoce Obligado. Sin embargo, asegura que «cada lector encontrará sorpresas y también añorará a un autor querido. En esa añoranza hay también un homenaje, y eso me consuela: los silencios también pueden ser muy elocuentes e invitar a la reflexión».

Llama particularmente la atención del lector no encontrar al canon del *boom*, los Cortázar, Rulfo, García Márquez y compañía. «La larga sombra del *boom*, ¿verdad?», bromea la escritora. «Nadie puede negar su importancia, pero también es cierto que han ocupado ya demasiado espacio y son de sobra conocidos, muchos son universales, y no hace falta incidir sobre ellos. Además, todo texto es intertexto, es decir, hay un diálogo donde afloran los autores de esa generación, aunque no se los nombre directamente». Pero en esta decisión la escritora advierte que también asoma un debate necesario. «La sombra del *boom* dejó en la oscuridad a las autoras en su conjunto y también a autores con los mismos méritos. Opté, porque había que optar, el *Atlas* no podía ser infinito, y di espacio a autores que no son tan evidentes y que vale la pena leer».

En esa reivindicación de la lite-

ratura de las orillas o a la sombra del *boom*, la escritora piensa en «Mario Levrero, el gran narrador uruguayo, o en Luis de Lión, al que leí por primera vez en Guatemala y que me dejó con la boca abierta. Y pienso, cómo no, en esa poeta impresionante que es Blanca Varela, o en la revolución mexicana contada en femenino por Nellie Campobello. No todos los autores serán desconocidos para el lector, esa no era la idea, están Bolaño, Lispector, Pizarnik o Monterroso, no se trataba de hacer una lista de rarezas, pero sin duda hay mucho de descubrimiento».

Justicia poética. Alguno de estos hallazgos corresponderá, seguro, al amplio número de escritoras que integran estas páginas. Más allá de los propios textos de escritores, el libro suma uno titulado «Las mujeres del *boom*», que hace hincapié en mujeres como Mercedes Barcha, Patricia Llosa o Aurora Bernárdez, de gran influencia en las carreras de sus maridos. Una vocación feminista que Obligado no juzga intencionada, sino más bien una evolución lógica de la forma de leer. «Se trata de grandes autoras que, debido a la misoginia, no ocuparon el lugar que

EL INVENTOR DE LA MELANCOLÍA

El personaje que Obligado ha elegido para reseñar es el más antiguo del volumen, Inca Garcilaso de la Vega, hijo de una princesa inca y de un militar español, que la escritora describe como «escindido desde el origen, extranjero en todas partes, el único de los cronistas que hablaba la lengua local». Escritor mestizo, la autora destaca que «pasa su vida oscilando entre sus dos patrias y descubre algo que marcará toda la literatura: la melancolía, la nostalgia de la tierra»

les correspondía. Están integradas, no por militancia, sino por simple justicia poética. No leerlas es perdernos la mitad de la historia», defiende. «Reconozco que fue muy emocionante incluir a algunas, como por ejemplo a Elena Garro, tan grande, y siempre marginada. Claro que queda mucho por hacer, pero hoy las escritoras jóvenes se están ocupando de que vean también la luz. Son nuestras madres literarias».

Esta mirada hacia el futuro condensa la otra gran vocación de este *Atlas*, que no pretende ser sólo una prospección arqueológica, sino trazar los vasos comunicantes que marcarán los derroteros del devenir literario del continente. «La intención es señalar unas tendencias, unas influencias a veces sorprendentes. No es una cartografía estática, sino literatura en estado puro, es decir, cuestionadora y móvil», incide la editora, que para ello ha querido reunir a «jóvenes que escriben sobre sus influencias, que las reconocen de manera implícita, tendencias y críticas que asoman, modelos inesperados, pasión y debate. Hay otros mapas que fotografían el pasado, mi propuesta consistía en cartografiar un porvenir».

L